



Misa Dominical

Para la celebración dominical y la pastoral litúrgica

28, 29, 30, 31 de marzo de 2024

MD 2024/ 05

Jesús ha vencido a la muerte.

Jesús nos llama a vivir su Pascua.

Pascua es el bautismo que nos ha hecho hijos e hijas de Dios.

Pascua es la Eucaristía, el alimento de vida eterna que nos une a Jesús y a los hermanos.

Pascua es la fe y la esperanza que nos hacen caminar y mirar hacia adelante.

Pascua es encontrarse con la comunidad de los creyentes, la Iglesia, y compartir la alegría de seguir a Jesús.

Pascua es amar a este mundo, y trabajar para que toda persona pueda vivir dignamente en él.

Pascua es el Espíritu que nos llena, y que llena todo el universo.

¡Feliz Pascua 2024!

Jueves Santo
Viernes Santo
Vigilia Pascual
Domingo de Pascua / B



PREPARAMOS EL JUBILEO DEL AÑO 2025

Se acerca el año 2025, año llamado «santo» o «jubilar». La historia de la Iglesia occidental nos explica que en el año 1300, bajo el impulso de Bonifacio VIII, grandes masas de peregrinos acudieron a Roma a las tumbas de los apóstoles Pedro y Pablo, en busca de gracia y perdón. Fue un «signo de los tiempos» que creó tradición: primero cada cien años, después cada cincuenta y, más recientemente, cada veinticinco. Una característica a partir del año 1500 fue que los peregrinos accedían a las basílicas romanas a través de una puerta especial, abierta y clausurada solemnemente al principio y al término de cada año santo. De esta manera se han celebrado, hasta ahora, veintiséis años santos ordinarios, sin contar ni los extraordinarios «de la Redención» (años 1933 y 1983) y el reciente «de la Misericordia» (año 2016), ni los de carácter local, como el que tiene lugar en Santiago de Compostela los años en que la fiesta del apóstol cae en domingo.

La forma de contar los años que ha pasado a ser común en la civilización occidental parte precisamente del nacimiento de Jesús. Cada vez, pues,

que contamos los años, hacemos referencia, quizá sin darnos cuenta lo suficientemente, al misterio central que es la encarnación del Señor. Este carácter religioso viene de lejos, del Antiguo Testamento, donde el año jubilar tenía una fuerte carga

social, quizá más como un ideal del escritor sagrado que como una realidad efectiva. Cada siete semanas de años había que restituir las tierras a los antiguos propietarios, cancelar las deudas, liberar a los esclavos (cf. Lv 25,8ss). Era

un modo de expresar la convicción común de que solo a Dios, como Creador, le correspondía el señorío sobre toda la creación y, particularmente, sobre la tierra. Así se fomentaba el restablecimiento de la justicia social.

Con la encarnación de Jesús, toda su misión en la tierra toma el carácter de realización mesiánica. En él se realiza el hoy de Dios. Cuando inicia su ministerio en la sinagoga de Nazaret (Lc 4,16-19), el texto profético de Isaías se convierte en el programa de su acción salvadora: todas las obras que hará impulsado por el Espíritu del Señor podrán, después, dar respuesta a



la pregunta de los discípulos de Juan: «¿Eres tú el que ha de venir o tenemos que esperar a otro?» (Mt 11,3).

Esto es lo que vivimos cuando su Palabra nos convoca para hablarnos como comunidad de discípulos. Y lo hace a su ritmo diario, semanal y, particularmente, anual: la cifra del año en curso marcada en el cirio pascual escande el tiempo que va de la encarnación al retorno glorioso del Señor. Lo resumen tres palabras del sacerdote al marcar los números del año: «Cristo, ayer y hoy, principio y fin, alfa y omega. Suyo es el tiempo y la eternidad». San Juan Pablo II comentaba: «El significado del rito es claro: evidencia que Cristo es el Señor del tiempo, su principio y su cumplimiento; cada año, cada día y cada momento son abarcados por su encarnación y resurrección, para de este modo encontrarse de nuevo en la "plenitud de los tiempos"».

«Jubileo» significa la alegría a experimentar, en nuestro caso en memoria de la encarnación (en el lenguaje corriente, «jubilación» debería designar la alegría de sentirse liberado del trabajo). Es cierto que el elemento típico es la peregrinación a Roma, pero en los últimos jubileos se ha dado al año santo un sentido universal, y oportu-

namente los Papas han indicado las obras de conversión que, junto con la intensificación de la vida sacramental, permiten recibir los frutos en cualquier sitio del mundo.

De cara a 2025, el papa Francisco ya ha escrito: «Debemos mantener encendida la llama de la esperanza que nos ha sido dada, y hacer todo lo posible para que cada uno recupere la fuerza y la certeza de mirar al futuro con mente abierta, corazón confiado y amplitud de miras. El próximo Jubileo puede ayudar mucho a restablecer un clima de esperanza y confianza, como signo de un nuevo renacimiento que todos percibimos como urgente. Por esa razón elegí el lema *Peregrinos de la Esperanza*».

Para fortalecer la fe y el sentido de la Iglesia, el papa Francisco ha querido potenciar el conocimiento de los cuatro principales textos del Concilio Vaticano II. Por orden de promulgación fueron dedicados, respectivamente, a la liturgia, a la Iglesia, a la revelación y a la Iglesia en el mundo. Dado que son documentos fundamentales se llaman constituciones, y ya al terminar el Concilio nació la comparación con los cuatro evangelios. Para facilitar la relectura, se encargaron a una treintena de expertos

Control de calidad:

Con la anterior entrega de *Misa Dominical* recibieron una muestra de la hoja de Semana Santa. Por una mala impresión, los colores no se corresponden con el diseño original; por este motivo con esta entrega les enviamos un nuevo ejemplar con los colores reales.



unos subsidios ágiles, con el título de *Cuadernos del Concilio*, escritos en un lenguaje sencillo y accesible para sostener el redescubrimiento de unos contenidos doctrinales que van más allá de las circunstancias en que fueron aprobados. Estos Cuadernos tratan los principales temas de cada una de las cuatro áreas, y están distribuidos de este modo:

Liturgia: 9 Cuadernos.

Iglesia: 10 Cuadernos.

Revelación: 4 Cuadernos.

Iglesia en el mundo: 10 Cuadernos.

El santo Padre, en la introducción a estos Cuadernos, ha explicitado su finalidad: «En sus cuatro constituciones, el Concilio Vaticano II ha

marcado un nuevo desarrollo en la enseñanza bimilenaria de la Iglesia, permitiendo que el futuro pudiera ser iluminado con la profundidad e intensidad de este magisterio. Es tiempo de redescubrir la belleza de esta enseñanza, que aún hoy estimula la fe de los cristianos y los llama a ser más responsables y presentes en ofrecer su propia contribución al crecimiento de la humanidad entera».

También señala que: «Tomar de nuevo en vuestras manos esos textos es signo de la vitalidad y fecundidad de la Iglesia; la renovación de las comunidades y el compromiso de conversión pastoral pasan necesariamente por hacer nuestra la lección del Vaticano II».

BERNABÉ DALMAU



Jesús ha vencido a la muerte.

Jesús nos llama a vivir su Pascua.

Pascua es el bautismo que nos ha hecho hijos e hijas de Dios.

Pascua es la Eucaristía, el alimento de vida eterna que nos une a Jesús y a los hermanos.

Pascua es la fe y la esperanza que nos hacen caminar y mirar hacia adelante.

Pascua es encontrarse con la comunidad de los creyentes, la Iglesia, y compartir la alegría de seguir a Jesús.

Pascua es amar a este mundo, y trabajar para que toda persona pueda vivir dignamente en él.

Pascua es el Espíritu que nos llena, y que llena todo el universo.

**¡Feliz Pascua
2024!**

A lo largo de estos domingos de Cuaresma nos hemos adentrado en el seguimiento del camino de Jesús. Ahora, en Semana Santa, pedimos a Dios que nos abra los ojos de la fe para acompañarlo en estos días santos que contemplan la pasión, la muerte y la resurrección del Señor.

Domingo de Ramos

Jesús entra en Jerusalén montado en un asno, y es aclamado por la gente que le acompaña. Nosotros también lo hacemos, muy conscientes de que este Jesús a quien aclamamos con nuestros ramos será condenado a muerte por su fidelidad al camino de amor de Dios. Por eso, nuestra aclamación es una afirmación de fidelidad a ese camino.

Lunes, Martes y Miércoles Santo

Tres días de espera, de preparación, de reafirmación en nuestro deseo de seguir a Jesús. Bueno será, en estos días (o tal vez en algún día de la semana anterior), participar en la celebración de la Penitencia, para llegar reconciliados a la Pascua.

Jueves Santo

Esta tarde comenzamos ya el Triduo Pascual celebrando la Eucaristía, que es como una anticipación de lo que viviremos en estos próximos días. Jesús nos deja el pan y el vino, que serán su presencia para siempre en medio de la comunidad, y, a la vez, con el lavatorio de los pies, nos invita a vivir con una entrega a los demás parecida a la que él vivió.





Viernes Santo

Jesús muere en la cruz. Nosotros, hoy, conmovidos y agradecidos, nos reunimos para conmemorar su pasión y para llenarnos de la gracia que brota de esta cruz y para pedir que esta gracia llene el mundo entero. Al contemplarlo a él, manifestamos nuestra fe y nuestra esperanza en el Dios que hemos conocido en Jesús y que es, siempre, fuente de vida inagotable.

Sábado Santo

Hoy es el día del silencio, el día para estar cerca del sepulcro de Jesús compartiendo el dolor y, a la vez, la confianza. Como María, su madre, y como todas aquellas mujeres que lo acompañaron a lo largo de su vida.

Noche de Pascua

«Esta es la noche en que, rotas las cadenas de la muerte, Cristo asciende victorioso del abismo», cantamos en el pregón de Pascua. Esta noche, la más grande del año, los cristianos nos reunimos para celebrar que Jesús nos ha abierto las puertas de la vida para siempre. Y, con toda nuestra alegría, reafirmamos los compromisos de nuestro bautismo y nos alimentamos del pan de la Eucaristía para compartir, a través de una vida renovada, el amor más pleno y más gozoso. ¡Aleluya!

REFLEXIONES DEL SÍNODO SOBRE LA INICIACIÓN CRISTIANA

Del informe de síntesis «Una Iglesia sinodal y en misión»

Parte I: «El rostro de la Iglesia sinodal»

3. Entrar en una comunidad de fe: la iniciación cristiana

Convergencias

- a) La iniciación cristiana es el itinerario a través del que el Señor, mediante el ministerio de la Iglesia, nos introduce en la fe pascual y en la comunión trinitaria y eclesial. Este itinerario tiene una significativa variedad de formas, según la edad en la que se hace y según los diferentes acentos, propios de las tradiciones orientales y de la occidental. Sin embargo, en él siempre se entrelazan la escucha de la Palabra y la conversión de vida, la celebración litúrgica y la incorporación a la comunidad y a la misión. Justamente por esto, el itinerario catecumenal, con la gradualidad de sus etapas y de sus pasos, es el paradigma de todo caminar eclesial juntos.
- b) La iniciación pone en contacto con una gran variedad de vocaciones y de ministerios eclesiales. En ellos se expresa el rostro materno de una Iglesia que enseña a sus hijos a caminar caminando con ellos. Los escucha y, al tiempo que responde a sus dudas y preguntas, se enriquece con la novedad de la que cada persona es portadora, con su historia, con su lengua, con su cultura. En la práctica de esta acción pastoral, la comunidad, con frecuencia sin tener plena conciencia de ello, experimenta la primera forma de sinodalidad.
- c) Antes de toda distinción de carismas y ministerios, «todos nosotros hemos sido bautizados mediante un solo Espíritu, en un solo cuerpo» (1Cor 12,13). Por esto, hay una auténtica igualdad de dignidad y una común responsabilidad por la misión, en todos los bautizados, según la vocación de cada uno. Por la unción del Espíritu, que «enseña todo» (1Jn 2,27) todos los creyentes poseen un instinto respecto a la verdad del Evangelio, llamado *sensus fidei*. Este instinto consiste en una cierta connaturalidad con las realidades divinas y en la actitud a acoger intuitivamente lo que es conforme a la verdad de la fe. Los procesos sinodales valoran este don y permiten verificar la existencia del consenso de los fieles (*consensus fidelium*), que constituye un criterio seguro para determinar si una particular doctrina o praxis pertenece a la fe apostólica.
- d) La confirmación, de alguna manera, hace perenne en la Iglesia la gracia de Pentecostés. Enriquece a los fieles con la abundancia de los dones del Espíritu Santo y los llama a desarrollar la propia vocación

específica, enraizada en la común dignidad bautismal, al servicio de la misión. Su importancia debe ser mayormente puesta de manifiesto en relación a la variedad de carismas y ministerios que diseñan el rostro sinodal de la Iglesia.

Cuestiones que afrontar

- g) El sacramento del bautismo no puede ser comprendido de modo aislado, fuera de la lógica de la iniciación cristiana, ni mucho menos de manera individualista. Es preciso, por tanto, ahondar ulteriormente en la comprensión de la sinodalidad que puede provenir de una visión más unitaria de la iniciación cristiana.
- g) La maduración del *sensus fidei* requiere no solo haber recibido el bautismo, sino también desarrollar la gracia del sacramento en una vida de auténtico discipulado, que habilite a discernir la acción del Espíritu de lo que es pensamiento dominante, fruto de condicionamientos culturales o, en cualquier caso, sin coherencia con el Evangelio. Se trata de un tema para

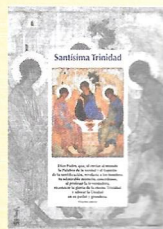
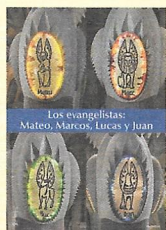
profundizar desde una adecuada reflexión teológica.

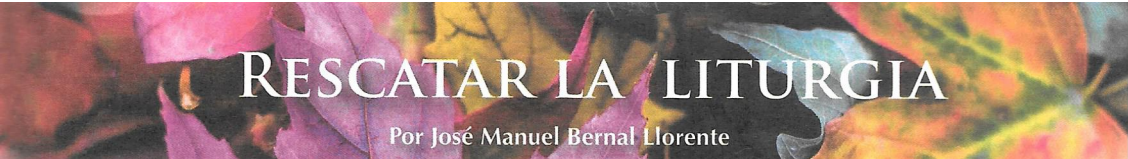
- g) La reflexión sobre la sinodalidad puede ofrecer aspectos de renovación para la comprensión de la confirmación, con la que la gracia del Espíritu articula, en la armonía de Pentecostés, la variedad de los dones y carismas. A la luz de las diferentes experiencias eclesiales, hay que estudiar el modo de hacer más fructuosa la preparación y la celebración de este sacramento, de modo que despierte en todos los fieles la llamada a la edificación de la comunidad, a la misión en el mundo, y al testimonio de la fe.
- g) Desde el perfil teológico-pastoral, es importante la investigación sobre el modo en que la lógica catecumenal puede iluminar otros itinerarios pastorales, como el de la preparación al matrimonio, o el acompañamiento a elecciones de compromiso profesional y social, o a la misma formación del ministerio ordenado, en el que toda la comunidad eclesial debe estar involucrada.

Recopilación elaborada por Xavier Aymerich

NUEVOS CARTELES MD

En esta entrega de Misa Dominical les anunciamos la publicación de dos nuevos carteles. Uno para la solemnidad de la Santísima Trinidad (Tiempos litúrgicos 19), que puede ayudar a vivir más esta solemnidad, expuesto en nuestras carteleras. El segundo, sobre los Evangelistas (Tiempos litúrgicos 20), interesante para la catequesis o las fiestas de los evangelistas Mateo, Marcos, Lucas y Juan. Esperamos que estos materiales les sean de utilidad.





RESCATAR LA LITURGIA

Por José Manuel Bernal Llorente

La liturgia expresa la fe de la Iglesia (I)

Lo conocemos de sobra. Es un dicho atribuido a Próspero de Aquitania (primera mitad del siglo V): *lex orandi lex credendi*. Aunque, para entender correctamente el adagio, hay que recurrir a la frase completa: «De suerte que la ley de la oración determine la ley de la fe» (*ita ut legem credendi lex statuat supplicandi*). Ese es el texto. El sentido de la frase nos obliga a pensar que no es precisamente la fe, en su formulación formal y en su contenido, la que determina nuestra forma de orar; al revés, es nuestro modo de orar, el contenido de nuestra oración, lo que hacemos y decimos en nuestra liturgia, lo que proclamamos de Dios en nuestras plegarias y oraciones, todo eso determina lo que debemos creer. De ese modo, la liturgia se convierte en una *norma fidei*. Por eso he comenzado diciendo que la liturgia, la celebración litúrgica, expresa la fe de la Iglesia, lo que la Iglesia es, cree y confiesa.

Ahora voy a dar un salto en mi reflexión. Siendo este el planteamiento de base, me surgen serios interrogantes cuando asisto a celebraciones en las que los protagonistas, los que moderan y dirigen la liturgia, hacen alarde de creatividad a ultranza, se inventan las oraciones e incorporan elementos simbólicos o rituales

de su propia cosecha. Cuando preguntas a los responsables por las motivaciones de fondo que avalan y justifican esos comportamientos, sus explicaciones apenas si revisten entidad específica alguna: nos gusta así, nos dice más, entendemos todo mejor, nos sentimos más a gusto, etc.

No voy a tomar en consideración el recurso a métodos pedagógicos dirigidos a promover la participación activa de los asistentes, el uso de símbolos con carácter didáctico, los juegos mimetizando escenas del evangelio, la incorporación de lecturas dialogadas sustituyendo a las lecturas bíblicas, etc. Todo ello merecería una reflexión específica aparte. Quiero, en cambio, prestar atención al contenido de las plegarias.

Normalmente, las oraciones se dirigen a Dios. Invocamos su nombre y proclamamos lo que pensamos de él. Toda oración es una confesión de nuestra fe en Dios, una proclamación de lo que Dios representa para nosotros. Sobre todo, lo reconocemos como Padre de nuestro Señor Jesucristo. Él nos lo ha enviado y nos ha salvado por su Hijo. En él hemos sido constituidos hijos adoptivos suyos.

CELEBRACIÓN LITÚRGICA Y VIDA

Las celebraciones litúrgicas no son ajenas a la vida, sino que han de implicarse mutuamente para que la celebración sea performativa, es decir, nos consolide en un envío real y concreto. Los textos proféticos, de los que los evangelios se hacen eco, rechazan con total claridad una liturgia desconectada de la vida moral y espiritual, ya sea individual, ya sea del pueblo entero. Desde el Concilio Vaticano II se promueven, por su parte, nuevos modelos de participación inclusiva. Una manera de fomentarla (más allá de la vivencia espiritual interior y de distintos cauces de *aggiornamento*) consiste justamente en trazar este puente entre la liturgia y la vida. Así, podemos hablar de una vida eucarística, como lo hacían los cristianos de los orígenes, y una litúrgica capaz de conectar e incidir en las situaciones concretas.

Para ello es importante relacionar la dimensión ritual con las experiencias vitales y cotidianas. Esta relación recíproca y mutuamente fortalecedora puede favorecerse de diversas maneras. Entre ellas:

1. *Recuperar las implicancias simbólicas y rituales presentes en la*

vida. Los hechos significativos de la vida necesitan de expresiones simbólicas compartidas para resignificarse y para ser apropiados de manera creativa. Es importante partir de los entornos que ofrece la realidad para darles sentido a partir de acciones simbólicas y rituales. Estas acciones nos permiten vivir con mayor profundidad y atención.

2. *Reforzar la relación entre los ritos de la vida y los gestos, símbolos, acciones de la liturgia*. Las celebraciones litúrgicas, como la misa, recobran una fuerza participativa diferente cuando se conciben los acontecimientos de la vida en su dimensión sacramental.

La celebración eucarística ayuda a comprender cada momento de la vida desde la mirada profética que descubre la presencia de Dios en cada acontecimiento y en cada momento. Y cada acción vivida en plenitud puede convertirse en ofrenda «agradable» a Dios y en la premisa de toda alabanza, adoración y oración (Mt 5,23-25).

PAULA DEPALMA

Centre de Pastoral Litúrgica

📍 Diputació 231 - 08007 Barcelona

☎ 933 022 235 📧 cpl@cpl.es - www.cpl.es

wa +34 619 741 047

Director de la publicación: David Álvarez

Año LVI

Suscripción anual: 102,50 €

Precio de cada ejemplar: 7,00 €

Imprenta: GZ Printek

ISSN 1887-8202 / D.L.: B.18.369-1975